

RESPONSABILIDAD DEL TRADUCTOR ANTE SU PROPIA LENGUA

VALENTÍN GARCÍA YEBRA

de la RAE

Para traducir bien es necesario dominar, más aún que la lengua del original, la lengua meta o lengua terminal. Ciertamente, es imprescindible comprender bien el texto. No se puede traducir bien lo que se ha comprendido mal. Pero se puede traducir mal lo que se ha comprendido bien. Y esto suele suceder por falta de dominio de la lengua terminal. Recuerdo haber leído (creo que en una obra del profesor Newmark) que los más graves problemas de traducción son, en último término, problemas de uso de la lengua del traductor. La traducción consiste en expresar el contenido del texto original en la lengua meta. Si no se domina ésta, es imposible hacer una buena traducción.

¡Y qué pocos son los que usan bien su propia lengua; sobre todo nuestra propia lengua! Tengo la impresión de que otros usan mejor la suya. Entre nosotros son frequentísimas las incorrecciones léxicas, morfológicas, sintácticas, incluso lógicas. Las cometen muchos escritores que pasan por buenos, incluso algunos que realmente lo son. Lo demostraré con textos, casi siempre de autores bien conocidos, sin mencionar, claro está, sus nombres. Añadiré, a veces, breves comentarios.

Me referiré, en primer lugar, a las incorrecciones de los escritores. Luego, a las que son típicas de los traductores. No pretendo agotar en estas páginas la que podía ser materia de un curso entero. Espero que una breve enumeración de errores sea instructiva y nada tediosa.

0. NOTA PRELIMINAR

Como he de mencionar a veces los términos «traducción explícita» y «traducción implícita», debo recordar ahora su definición. Llamo traducción explícita a lo que normalmente se entiende por traducción: la expresión del contenido de un texto escrito en lengua extranjera en un nuevo texto escrito en la lengua del traductor; «traducción implícita», a la que se practica mentalmente al leer un texto en lengua extranjera para utilizar de algún modo su contenido.

1. INCORRECCIONES LÉXICAS

1.1. «Abundantes personas se sorprenderán...», «Vienen a examinarse abundantes alumnos sin saber ortografía». No es abundante todo lo que abunda. Abundan las personas que se sorprenden por algo, y también los alumnos que no saben ortografía. Pero ni unas ni otros son «abundantes»; son, sencillamente, «muchas» o «muchos». «Abundante» se dice de lo no contable, como el agua, la arena, el barro; no de los individuos de un conjunto.

1.2. «Hace breves semanas», «Hace breves días». Todas las semanas duran lo mismo, aunque unas parezcan más largas que otras. Si llamamos «día» al tiempo que tarda la tierra en completar una vuelta alrededor de su eje, todos los días son iguales; si nos referimos al tiempo de claridad solar sobre el horizonte, son más breves los de invierno que los de verano. El autor de ambas frases quiso decir, sencillamente, «Hace pocas semanas», «Hace pocos días». Pero no quiso decirlo con sencillez.

1.3. Lo contrario de «abundante» es «escaso», adjetivo que también usan mal algunos; por ejemplo, en los dos textos siguientes: «Uno de los escasos casos es el de Octavio Paz»; «...determinados efectos en los escasos lectores». Lo correcto, en ambos casos, sería «pocos» en vez de «escasos».

1.4. También «ambos», que significa «los dos», se usa incorrectamente en estos tres textos de autores muy conocidos: «Los hombres que dirigen esta empresa no son peores que los que gobiernan la otra. Ambos son propensos al error». Los dirigentes de cada empresa son varios. «Ambos» sería correcto si cada empresa son varios. «Ambos» sería correcto si cada empresa estuviera dirigida por uno solo. «Unos encuentran en él influencias de San Agustín; otros, de San Bernardo. Ambos piensan que...». «Ambos» se diría correctamente de San Agustín y San Bernardo; pero no de «unos» y «otros».

«Pues ambos, Finkielkraut y Lussato y Massadié...» Si son tres los enumerados, no pueden ser «ambos».

1.5. «...lo estudian por el envés y el revés». Las dos caras de algo pueden ser el haz y el envés. El «envés» y el «revés» son la misma cara.

1.6. «...siguió aumentando la leyenda de la teología y el derecho canónico». Este «canónico», que aparece en una de las mejores novelas de nuestro siglo, ¿será hijo de una errata? Me gustaría creerlo.

1.7. «...el galope suicida de la demografía». Lo ha escrito un premio Nobel. ¿Habrà que meter en el DRAE otra acepción de demografía, para significar «el aumento de la población»?

1.8. «Un cuarenta y dos por ciento de las personas casadas se mostraban contrarias a las relaciones extramaritales». Querrá decir «extramatrimoniales».

1.9. «Mientras se peina, estrella su cigarillo en el cenicero». Se «estrella» algo que se hace añicos. ¡Pero un cigarrillo, no!

1.10. Cierro este apartado con un estupendo anuncio publicitario: «Descubra cómo 250 caballos pueden cabalgar en silencio». Los caballos no cabalgan, ni en silencio ni haciendo ruido. Los que cabalgan son los jinetes.

2. INCORRECCIONES MORFOLÓGICAS

2.1. Abundan especialmente las malformaciones de sustantivos abstractos en *-dad*. A veces se trata de galicismos cometidos por autores que practican la traducción implícita. Una de estas malformaciones, y de las más antiguas (está en el DRAE ya desde el siglo pasado), es «solidaridad». Estos nombres abstractos se forman sobre adjetivos. Y los adjetivos en *-io* dan abstractos en *-iedad*, no en *-idad*.

El de «solidariedad», como en italiano *solidarietà* y en portugués *solidariedade*. Cojean del mismo pie «complementaridad» (de «complementario»), cuya forma correcta es «complementariedad»; «precaridad» (de «precario»), forma correcta «precariedad»; «subsidiaridad» (de «subsidiario»), forma correcta «subsidiariedad»; «literariedad». «Solidaridad», calcos incorrectos, copias serviles, de las voces francesas *solidarité, précarité, complémentarité, subsidiarité, littérature*; frutos deformes de la traducción explícita o implícita. Lo es también, indirectamente, «interdisciplinaridad» (cuyo adjetivo español es «interdisciplinario»); no veo en los diccionarios franceses *interdisciplinarité*; sí el adjetivo *interdisciplinaire*, sobre el cual podría formarse regularmente la forma correcta española, «interdisciplinariedad», resulta un poco larga; pero no se abrevia mucho quitándole la *e*, que, al estar en diptongo con la *i*, se pronuncia con ella en una sola emisión de voz.

Tampoco se corrige la malformación intercambiando los puestos de la *i* y la *e*, diciendo, como se ha dicho y escrito, «interdisciplinareidad». Terminan en *-iedad* los abstractos formados sobre adjetivos en *-eo*: «corporeidad» (de «corpóreo»), «espontaneidad» (de «espontáneo»), «idoneidad» (de «idóneo»). Pero no existe el adjetivo «interdisciplináreo». Tampoco existe «cotidiáneo», ni por consiguiente, «cotidianeidad», que se lee con cierta frecuencia, a veces escrito por plumas ilustres. Tengo recogida una docena de ejemplos. No existe «masculíneo»; por tanto, es incorrecto «masculineidad», que he visto escrito por un médico famoso. Y no será fácil adivinar, fuera de contexto, el significado de «miterraneidad». No es errata por «mediterraneidad», que sería correcto, formado sobre el adjetivo «mediterráneo». El inventor de «miterraneidad», ilustre periodista, la derivó, contra toda norma, del apellido del presidente de la República Francesa, Mitterrand, comiéndose una de las dos *tes* y la *d* final.

Es del mismo tipo «extremeñeidad», que apareció en el título de una crítica literaria: *La novela de la extremeñeidad*. ¿Qué dirían, al verlo, los «extreméñeos»?

Un periodista famoso usa con frecuencia «cutreidad». No existe el adjetivo «cutreo»; sí «cutre», del que se ha formado «cutrez», que figura en el DRAE, y podría formarse «cutredad», como de «breve», «grave» y «leve» se han formado «brevedad», «gravidad» y «levedad», no «breveidad», «graveidad», «levedad».

No puede decirse «elementariedad», porque no existe el adjetivo «elementario». Es calco del francés, además de inútil, mal hecho, porque del francés *élémentaire* saldría *élémentarité* (no lo veo en los diccionarios), que daría en español «elementaridad».

Está en el Diccionario de la Academia «estaqueidad», calco del francés *étancheité*; está también «estaqueidad», forma correcta, derivada del adjetivo «estanco». Se han hecho intentos infructuosos para eliminar la forma galicada. Han sido tantos los físicos que han dicho y escrito «estaqueidad», que ya no se le puede retirar la carta de ciudadanía.

«Siniestralidad», voz usada por compañías de seguros, es anglicismo; calco de *sinistrality*, con el leve retoque de la e adicional, porque en español no se dice «sinistro», sino «siniestro», para significar un accidente grave. Pero no existe «siniestral», que sería la base de «siniestralidad».

También es anglicismo «receptabilidad», calcado sobre *receptability*, que es más frecuente.

2.2. No sólo los abstractos en -dad constituyen motivo de tropiezo para nuestros escritores.

«Exilado» y «exilar» o «exilarse» son galicismos menos frecuentes ahora que hace cueatro o cinco decenios. Pero todavía los usan escritores de prestigio, a pesar de que el DRAE incluye sólo «exiliar» y «exiliado».

En una obra sobre la novela moderna he hallado «obsedido», calco del francés *obsédé*; en español se dice «obseso», «obsesionado», «asediado», incluso «maníaco» en algún caso; pero no «obsedido».

«Eglitario» es calco del francés *égalitaire* (en buen español «igualitario»). Lo he visto en otro libro sobre novela, y también en una novela.

«Tribal», referido a la tribu, está admitido por la Academia (1956), pero remitiendo a «tribual», que es la forma etimológica. La Academia tiene que admitir a veces palabras mal formadas, porque así se usan. Pero no deja de causar cierta desazón intelectual ver en el DRAE palabras mal formadas, aunque se usen, como «solidaridad», «estaqueidad», «tribal» (que también es galicismo) y otras que veremos luego, al hablar de la responsabilidad de los traductores como introductores de neologismos.

3. INCORRECCIONES SINTÁCTICAS

Las incorrecciones sintácticas de los escritores darían materia para un grueso volumen. En mi libro *Claudicación en el uso de preposiciones*, limitándome a esta parte de la oración, reúno cerca de quinientos ejemplos de malos usos de autores de cierto prestigio; algunos, incluso, muy prestigiosos. Procuraré ser breve.

3.1. Discordancias de género. «El plano motriz», «un calor generatriz», «unos principios directrices». Los dos primeros sintagmas pueden leerse en obras de dos grandes poetas; el tercero, en un artículo sobre traducción publicado en el Boletín de una institución acreditada.

«Con el hacha y el hache» figura como titulillo en un comentario firmado por uno de nuestros más célebres hombres de letras, que no sabía o no recordaba que éstas llevan siempre el artículo femenino, incluso la a y la hache.

«Es necesario la revitalización del fenómeno poético», «Es ridículo la pretensión de atribuir...», «Resulta curioso esta forma de...», «Es casi privativo del lenguaje administrativo la formulación de...» Estos comienzos de frase los han escrito un buen poeta, un catedrático de universidad, un periodista notable, y otro catedrático de universidad, gramático por añadidura.

«...de mucha mayor entidad», «con mucha mayor razón», «en mucha mayor medida», «de mucha mayor profundidad», «mucha mayor gravedad», «en mucha menor escala», «con mucha mayor propiedad», «con muchas menos de mil palabras». Sustituyendo los adjetivos «mucha» y «muchas» por el adverbio «mucho», todas estas expresiones serían correctas.

Y que nadie diga «de este agua no beberé»; «en relación con este área», «ese alza va a seguir», «aquel alma esclava del cuerpo». Cuatro usos erróneos del masculino en lugar del femenino de los demostrativos; el primero, de alguien que se considera lingüísticamente infalible.

Afines a éstos son los errores siguientes: «En algún aula...», «...el más afilado arma de combate».

3.2. Discordancias de número. El uso de «le» referido a varios es tan frecuente que ya hay quien lo considera legitimado. He aquí algunos ejemplos, no recomendables para traductores: «...le había negado a sus amigos un aumento de la pensión», «se le ofrece a los hablantes una palabra tradicional», «negarle un sitio a los hombres». «Si no temes a Dios, témele a los metales». «A nuestros silencios le faltan tus silencios». Podría alargarse muchísimo esta enumeración.

«Es interesante los comentarios que Heidegger ha hecho». «No parece haber serias dudas». «Esos cambios de criterio no es cosa que llame la atención». «Aquellos once minutos de fuego sobre Trípoli nos puso el corazón en un puño». «Faltóme pareció los argumentos rebañados *in extremis*».

En los textos anteriores se usa indebidamente el singular por el plural. En los siguientes, al revés, el plural por el singular: «La disparidad entre las facultades cognitivas y las emotivas son la consecuencia de...», «El conjunto de los materiales pendientes de ordenación constituyen un elocuente argumento», «La guerra entre guerrillas y Fuerzas Armadas resultan arreglos de cuentas», Es frecuentísima esta construcción en que a un sujeto en singular, por ir seguido de una determinación en plural se le pone el verbo en plural, haciéndolo concertar con la determinación del sujeto y no con éste. Podría dar docenas de ejemplos.

4. INCORRECCIONES LÓGICAS

Las incorrecciones lógicas, a veces muy divertidas, son, con frecuencia, incorrecciones léxicas, pues implican desconocimiento del significado de alguna palabra.

«La Andalucía del tiempo de Lorca tenía mayor virginidad». «La conferencia de X sobre Z, luego muchas veces refrita, estaba entonces bastante virgen». La virginidad no puede ser mayor o menor; no admite grados.

«Enrique Gil falleció en Berlín por una tuberculosis que le afectó en gran manera». Sí, le afectó tanto, que lo mató.

«...seguía atrayendo a sus pacientes, que iban a que les inyectase extracto de testículos de cabras, o se los trasplantase». Esto lo ha escrito un científico de gran renombre.

Lo que sigue es de un periodista no tan prestigioso: «...métodos alevosos... para comerse un *pajarito frito*. Debe recordarse que los pájaros insectívoros están prohibidos por la Ley... Y se castiga con multa de hasta 10.000 pesetas a los que vendan pájaros fritos, cojan sus nidos, huevos o crías».

El texto siguiente es de un poeta ilustre: «La invectiva satírica tiene explosiones de casco de metralla». Lo que explota es la granada, no los cascos que proyecta.

Del mismo poeta: «Di, recordarás siempre / el rumor de mis pasos leves en la cancela?». El que así pregunta debía de ser titiritero o equilibrista. ¿Cómo, si no, podría andar sobre una cancela?

«Tirar la toalla es una palabra que no entra en mi diccionario». Lo dijo un político importante. Pero «tirar la toalla» no es una palabra; son tres.

«El aborto se ha convertido en el método tradicional de anticoncepción». El aborto no es un método de anti-, sino de ex- o des-concepción. No impide la concepción, sino el nacimiento de lo concebido.

Un gran escritor ha dicho: «La verdad es que no me pasa un día sin dejar de leer».

«Varios manuscritos, entre ellos doce incunables, fueron robados en la Universidad de La Plata». Los incunables no pueden ser manuscritos.

«...no me resisto a omitir lo que oí de ti en una cocina de tu pueblo». Lo ha escrito un buen novelista de mi tierra.

«En círculos académicos se baraja el nombre del expresidente del Congreso para desempeñar tal cometido». ¿Cómo se puede barajar un nombre solo?

«Intercambiar insultos está al alcance de cualquiera». Dirigíselos a otro, sí; intercambiarlos, no; pues no riñen dos si uno no quiere.

Después de oír esta relación de incorrecciones léxicas, morfológicas, sintácticas y lógicas, quizá piense alguien que, si tales desaciertos se perdonan a los escritores, con más razón deben tolerarse errores semejantes en los traductores. Pues, no. Porque los traductores están obligados a escribir con más corrección que los autores. El autor tiene que atender simultáneamente al qué y al cómo de sus escritura. Al traductor, el qué se le da ya hecho y organizado, y sólo tiene que preocuparse de reproducirlo en su propia lengua lo mejor posible.

Al traductor no le están permitidas esas pequeñas pero continuas erosiones a la gramática, al uso establecido, a la norma vigente de la lengua, en que, según Ortega, consiste el escribir bien. Para ser buen traductor, es necesario usar las palabras con el significado que tienen, en la forma que les corresponde, con el género, número y concordancia establecidos por la norma, y sin incurrir en contrasentidos.

El traductor está obligado a cuidar y enriquecer su lengua, que no es una simple herramienta que cada cual pueda manejar a su antojo. La lengua es un instrumento precioso y delicado, que se deteriora y ensucia con el mal uso. Y el deterioro causado a la lengua perjudica a sus demás usuarios.

¿Cómo puede el traductor enriquecer su lengua? Incorporando a ella, con la corrección debida, neologismos necesarios, mediante el calco o el préstamo de términos del original de los que su propia lengua carece.

Mas, para calcar o adoptar bien palabras extranjeras, son precisos conocimientos que no siempre tienen los traductores. Los que traducen tienen que conocer a fondo las estructuras de su propia lengua, y también sus raíces. Y para conocer las raíces de la nuestra (casi no me atrevo a decirlo, pero es verdad), se necesita saber latín. Es quizá demasiado dura la sentencia de Juan de Lucena, humanista español del siglo XV: «Asno se debe llamar en dos pies el que latín no sabe»; pero, referida a traductores de lengua española, no carece de todo fundamento. ¿Se me permitirá añadir que, para el equipamiento intelectual de nuestros traductores, no sobraría un razonable conocimiento del griego?

Se verá que no exagero si se tienen en cuenta los muchos galicismos que a lo largo de siglos han entrado de contrabando en nuestra lengua, es decir, sin ajustarse a sus normas. Si no todos, sí la mayoría, han llegado a ella por el comercio de los traductores.

No me referiré a los galicismos puramente léxicos, que, bien hispanizados, pueden ser una riqueza para el español, como los arabismos, los americanismos, incluso los anglicismos, que ahora tanto asustan a muchos. Están legalizados por el Diccionario de la Academia más de mil galicismos enriquecedores de nuestra lengua. Y esta riqueza se debe fundamentalmente a los traductores, a quienes han practicado la traducción explícita o implícita. Son galicismos enriquecedores, que forman parte de nuestra lengua casi desde sus orígenes, «fraile», «homenaje», «doncel», «mensaje», «manjar», «mesón», «vergel», «ruiseñor», «jardín», «hostal», «jamón», «paraje», para mencionar sólo una docena. Hasta «español» es término de origen francés, como ha demostrado Rafael Lapesa.

Pero hay también muchos galicismos que no se ajustan a la prosodia ni a la morfología de nuestra lengua, de los que son también, casi siempre, responsables los traductores. Mencionaré algunos de estas dos clases. La falta de tiempo me obliga a prescindir ahora de los galicismos sintácticos.

5. GALICISMOS PROSÓDICOS

Son aquellos en que la acentuación francesa ha desplazado a la española. Abundan, sobre todo, los términos de origen griego acentuados como en francés. También los hay de origen latino y de otras procedencias.

5.1. Galicismos prosódicos de origen griego

Entran en esta categoría muchos compuestos que debieran ser esdrújulos porque la primera vocal de su segundo componente era breve y está en la penúltima

sílaba de la palabra. Por ejemplo «eritrocito», «fagocito», «leucocito», «linfocito», cuyo segundo componente es *kýstos* «célula», con ýpsilon breve. La acentuación etimológica sería «eritrócito», «fagócito», «leucócito», etc.; así acentúan los portugueses, que suelen atender a la etimología más que nosotros. Pero las palabras francesas equivalentes llevan el acento prosódico sobre la sílaba *cy*: *érythrocyte*, *lymphocyte*, *phagocyte*, etc. Y como las palabras españolas citadas no han pasado a nuestra lengua directamente desde el griego, sino a través del francés, de aquí les viene su acentuación.

Lo mismo sucede con los términos cuyo segundo componente es *-fito*, del griego *phytón* «planta», como «neófito», «rizófito», «zoófito», que están bien acentuados; pero se acentúan a la francesa «briofito», «epifito», «espermafito», «saprofito» y alguno más.

También llevan acentuación francesa «anaglifo», «petroglifo» y «triglifo». Los italianos y los portugueses acentúan etimológicamente «anáglifo», «petróglifo», «tríglifo».

Deberían ser esdrújulos los términos cuyo segundo componente es *-lito*, del griego *lithos* «piedra», como «aerolito», «megalito», «monolito», etc. Y los que tienen como segundo componente *-odo*, del griego *hodós* «camino», como «diodo», «electrodo», «pentodo», «triodo» que, acentuados a la francesa, están en contradicción con «ánodo», «cátodo», «éxodo», «método», etc., acentuados etimológicamente.

No son raros los helenismos del lenguaje médico prosódicamente galicados. Uno de ellos es «hematemesis», que debiera acentuarse «hemátēsis». Pero en francés *hématémèse* lleva el acento de intensidad sobre la sílaba «*mè*».

Lo mismo ocurre con «hemostasis», que debiera acentuarse «hemóstasis». En portugués se acentúa etimológicamente *hemóstase*, y en italiano, *emòstasi*. Pero el acento de intensidad del francés *hémastase* va sobre la sílaba «*ta*».

«Ateo» viene del griego *átheos*, con *e* breve, a través del latín *athēus*. Debiera, pues, acentuarse «áteo», como en italiano. Pero en francés *athée* lleva el acento de intensidad sobre la segunda sílaba. Por eso decimos en español «ateo».

«Alergeno» debiera también ser palabra esdrújula, como «hidrógeno», «oxígeno», y todos los demás compuestos cuyo segundo elemento es *-geno* (hay en el DRAE treinta y tres). En portugués se acentúa etimológicamente *alérgeno*; en español, «alergeno», porque en francés se dice *allergène*.

Cerraré esta enumeración con el nombre de una flor. «Crisantemo» debiera acentuarse «crisántemo», porque viene del griego *chrysánthemon* a través del latín *chrysanthēmum*. Los portugueses acentúan bien *crisântemo*; pero nosotros, «crisante-mo», porque en francés se dice *chrysanthème*.

Podría aducir varias docenas de ejemplos semejantes.

5.2. Galicismos prosódicos de origen latino

No abundan tanto como los de origen griego porque, al fin y al cabo, nuestra lengua es latín transformado. No ha habido entre el latín y nuestro romance una separación total, como la que hubo durante siglos entre el español y el griego.

La palabra «impétigo», del lenguaje de la medicina, debiera ser llana o grave: «impetigo», porque, en latín, la *i* de la penúltima sílaba era larga. En portugués se acentúa etimológicamente *impetigo*, y en italiano *impetigine* conserva el acento sobre la *i*. En francés se acentúa prosódicamente sobre la *o* final: *impétigo*. Luego el acento español —pensará alguien— no tiene en este caso nada que ver con el francés. Pero es que la palabra francesa lleva un acento agudo sobre la *é* de la segunda sílaba y de aquí viene, disparatadamente, nuestra acentuación.

Probablemente ha sucedido lo mismo con la palabra «imbécil», que procede del latín *imbecillus* y hasta el siglo XVIII se acentuó «imbecil», como se acentúa en portugués *imbecil* y en italiano *imbecille*. El acento prosódico francés cae sobre la misma sílaba, *imbécile*, pero la *e* de la sílaba anterior lleva un acento gráfico.

Ahora mismo estamos asistiendo a la pugna entre «elite», la forma correcta incluida por la Academia en su diccionario, y «élite», preferida por los semicultos. Los franceses dicen *élite*, con el acento prosódico en la segunda sílaba; pero el acento gráfico lo ponen en la primera.

Terminaré este apartado, aunque podría alargarlo mucho, con la palabra «misil», del latín *missilis*. Debiera acentuarse, como la palabra latina, en la primera sílaba; se acentúa en la segunda, como el francés *missile*. Alguien pudiera decir que se acentúa así por influjo de «proyectil», semánticamente afín. Aunque así fuera, la acentuación de «misil» sería de origen francés, porque también «proyectil» es galicismo prosódico. Viene del tema *proiect-*, del supino de *prolicere* más el sufijo de adjetivos verbales *-ilis*, con la primera *i* breve, por lo cual daba en latín adjetivos esdrújulos, como *ductilis*, *erectilis*, *fragilis*, de los que han salido en español «dúctil», «eréctil», «frágil». Si hubiera existido en latín *proiectilis*, el derivado español etimológicamente correcto sería «proyéctil». Pero en francés, naturalmente, *projectile* lleva el acento de intensidad sobre la *i*. De aquí le vino el ser agudo a nuestro «proyectil». El *Novo Dicionário de Lingua Portuguesa* de Aurélio Buarque de Holanda Ferreira reconoce que, en portugués, *projétil* viene del francés *projectile*. Los italianos acentúan etimológicamente *proiettile*.

5.3. Otros extranjerismos con acentuación francesa

El influjo prosódico del francés sobre el español no se ha limitado a helenismos y latinismos. Se ha ejercido también sobre palabras procedentes de lenguas modernas, especialmente sobre anglicismos léxicos, de acentuación oxítone debida al francés. Me limitaré a enumerar dos decenas: «budín», «bumerán», «bungaló», «comité», «confort», «iceberg», «entreviú», «jersey», «macacán», «nilón», «nipón», «panel», «pedigrí», «pudín», «radar», «robot», «sidecar», «tobogán», «voleibol». Todas estas palabras son agudas en español por influjo del francés. «Detective» se acentúa prosódicamente sobre la *i* porque así se acentúa en francés *détective*, en inglés se dice /ditéktiv/.

6. GALICISMOS MORFOLÓGICOS

Incluyo aquí palabras de origen griego o latino que, por influjo del francés, han alterado la forma que en el proceso de derivación normal les habría correspondido. He mencionado ya algunas: «solidaridad», «complementaridad», «precaridad», «literaridad», «exilar» y «exilado», etc.

6.1. Hay bastantes palabras españolas de origen griego que debieran terminar en -o, pues el tema de sus étimos acaba en ómicron; pero terminan en -a porque sus equivalente francesas acaban en -e, vocal final que suele corresponder a la a de cultismos españoles derivados de palabras griegas o latinas; así, francés *adénome*, español «adenoma»; francés *anthracite*, español «antracita»; francés *monosperme*, español «arquitectura»; francés *philosophie*, español «filosofía», etc. Pero la derivación de los helenismos y latinismos españoles no debe atender a cómo terminan en francés, sino a cómo terminan en griego o en latín. Si en griego terminan en -os o en -on, y en latín en -us o en -um, en español acabarán normalmente en -o; si acaban en -a, es por influjo de la palabra francesa equivalente.

He aquí una lista, incompleta, de helenismos españoles que etimológicamente debieran acabar en -o, pero acaban en -a porque en francés terminan en -e muda; «acróbata», del griego *akróbatos* (francés *acrobate*); «aeda», del griego *aoidós* (francés *aède*); «autodidacta», del griego *autodíaktos* (francés *autodidacte*); «corega», del griego *chorégós* (francés *chorège*); «estratega», del griego *stratégós* (francés *stratège*); «hermafrodita», del griego *hermaphróditos* (francés *hermaphrodite*); «rapsoda», del griego *rhapsōidós* (francés *rhapsode*), y todos los compuestos de *iatrós* «médico», que debieran terminar en -iatro, pero terminan en -iatra porque en francés acaban en -iatre: «fisiatra», «foniatra», «geriatra», «pediatra», «psiquiatra».

También se da el fenómeno contrario. Como hay helenismos franceses terminados en -e muda que corresponden a helenismos españoles que acaban en -o, como *cylindre*, *crocodile*, *cynocéphale* (en español «cilindro», «cocodrilo», «cinocefalo»), a veces se hace que terminen en -o helenismos que debieran terminar en -a; por ejemplo, «micrópilo», que debiera ser «micrópila», porque el segundo componente griego es *pýlē* «puerta», terminado en eta, que debiera dar en español -a, como *syllabē* de «sílabas», e incluso *pýlē*, en plural *pýlai*, da -pilas en el célebre topónimo «Las Termópilas», que significa «Puertas Calientes».

Del griego *stylobátēs*, a través del latín *stylobāta*, viene, según el DRAE, el español «estilóbato». Pero su -o final procede de la -e muda del francés *stylobate*.

Las palabras griegas terminadas en -sis conservan normalmente en español esta terminación: «análisis», «apódosis», «esclerosis», «sintaxis», etc. En francés suelen terminar en -se: *apodose*, *analyse*, *sclérose*, o en -sie: *agénésie*, *eugénésie*, *lithogénésie*, etc. Esta terminación en -sie ha hecho que muchas palabras españolas que debieran terminar en -sis acaben en -sia: «agenesia», «eugenesia», «litogenesia», etc. Quizá sea «poesía» la más sorprendente. Viene del griego *póēsis*, variante temprana de *poiēsis*, a través del latín *poēsis*. La derivación normal habría

dado en español «poesis». Pero en español, y también en portugués e italiano, tenemos «poesía». ¿De dónde salió esta forma?

La primera aproximación conocida en una lengua romántica le tenemos en *La Divina Comedia*, canto primero del Purgatorio, verso séptimo: *Ma qui la morta poesi resurga*. Las voces griegas en *-sis* terminan en italiano en *-si*: *anàlisi*, *apòdo-si*, *aclerosi*, etc. Pero, en tiempos de Dante, los nombres griegos solían ser oxítonos.

La acentuación oxítona de los nombres «bárbaros» dice Bruno Migliorini en su *Historia de la lengua italiana*, p. 238, nota 126, de la traducción española, «se había extendido, principalmente por influjo de la tradición escolástica francesa, a los nombres griegos». Que *poesi*, en el pasaje citado, llevaba acentuación oxítona lo garantiza su posición en un endecasílabo acentuado en las sílabas cuarta y octava.

En derivación normal, del griego *póēsis*, latín *poēsis*, saldría en español «poesis», en italiano *poesi* y en portugués *poese*. La forma «poesía», usada por las tres lenguas, procede sin duda del francés *poésie*, documentada algo más de un siglo antes que la forma española, y unos decenios antes que *poesia* en italiano. Si, como parece, el primero en usar «poesía» en castellano fue el Marqués de Santillana, presentado en unas coplas satíricas «con fabla casi extranjera, / vestido como francés» (R. Lapesa: *Historia de la lengua española*, § 70, 5), no sería extraño que hubiera calcado la palabra de la lengua de Francia. Tampoco es imposible que la tomara del italiano. En tal caso, procedería también, indirectamente, del francés. El proceso pudo ser el siguiente: El acusativo latino *poēsīm* se acentuó en francés (y en italiano por influjo francés) *poesi*, con omisión de la *-m* final. (Es la forma que vemos en Dante). Luego se le añadiría en francés la *-e* caracterizadora del femenino, y en italiano la *-a* correspondiente, conservando en ambas lenguas el acento sobre la *i*.

6.2. No nos queda tiempo para comentar latinismos españoles morfológicamente galicados. Me limitaré a enumerar algunos: «capellán», del latín tardío *capellānus*; «capitán», el bajo latín *capitānus*; «catalán», del latín medieval *catalānus*; «sacristán», del bajo latín *sacristānus*; «pelegrín», del latín *peregrīnus*, con disimilación de la primera erre; los nombres propios «Fermín», «Martín», «Saturnín» y otros, cuya forma latina era *Firmīnus*, *Martīnus*, *Saturnīnus*, etc. Probablemente la palabra «latín», aunque también es posible derivarla del adverbio *latine*.

Es probable que no todos los galicismos prosódicos y morfológicos mencionados se deban a traductores. Pero, en su gran mayoría, ciertamente son fruto de la traducción implícita o explícita. Son especialmente responsables de la introducción en el español de muchos términos galicados en el acento o en la forma los traductores de obras científicas o técnicas, o los lectores de esta clase de obras, que han traído a nuestra lengua términos de origen griego o latino, o incluso del inglés u otras lenguas modernas, sin tener los conocimientos lingüísticos necesarios para darles la acentuación y la forma correctas. En los siglos pasados, y todavía en la primera mitad del nuestro, la inmensa mayoría de las traducciones se hacía del francés.

Non omnia possumus omnes, diremos con el Altísimo Poeta. Los traductores literarios solemos conocer mal la materia científica; los traductores científico-técnicos tropiezan a veces en las estructuras lingüísticas. Uno de los principios de la sabiduría consiste en saber qué es lo que se ignora, y en hacer lo posible para salir

de esa ignorancia.

El traductor, científico o literario, no debe traducir lo que no entiende, ni usar palabras que desconoce. Por otra parte, una de sus misiones es enriquecer su lengua con neologismos útiles y bien formados.

Alguien pudiera pensar que la forma de las palabras carece de importancia. Habitados a ellas, no solemos preguntar si su formación ha sido correcta o incorrecta. ¿Es menos bello el crisantemo porque su nombre sea un galicismo prosódico? ¿Ganaría profundidad o altura la poesía si la llamásemos, etimológicamente, *poesis*? Indudablemente, no. Pero sentimos vergüenza ajena (o no tan ajena), una especie de rubor intelectual, al ver en español palabras irracionalmente formadas que podían haberse estructurado de modo irreprochable. La responsabilidad no sólo de los traductores que han traído a nuestra lengua tales neologismos. Las palabras, como sabemos desde Platón y Aristóteles, no significan por naturaleza, sino por convenio. De suerte que tan responsable es el que las forma como el que las acepta.

Pero el traductor, que está llamado, más aún que el autor original, a enriquecer su lengua con neologismos tomados de los textos que traduce, debe asumir la responsabilidad de que tales neologismos se adapten plenamente a las estructuras prosódicas y morfológicas de la lengua que los acoge.